

CONSIDERACIONES SOBRE LAS INCURSIONES LUSITANAS EN ANDALUCÍA

Genaro Chic García
Universidad de Sevilla

Nuestras fuentes para la Historia Antigua de la Península, casi todas romanas o greco-romanas, nos hablan con frecuencia de los *latrones* lusitanos con los que tenían que enfrentarse las tropas de Roma. Dejando a un lado que los romanos llamaban *latrones* a todos aquellos que tenían un modo irregular de luchar¹ fuese cual fuese su importancia², parece indudable la existencia del bandidaje como medio de vida para una amplia capa de la población peninsular antigua, especialmente para los habitantes de las zonas menos favorecidas por la Naturaleza³. Pero hemos de tener siempre presente que el concepto peyorativo que las palabras bandido o pirata tienen en nuestros días no se da en la antigüedad. El robo, la piratería, son actividades económicas normales que tienden a satisfacer las necesidades de un individuo o una colectividad⁴, tanto como pueda serlo cualquier otra actividad que favorezca a la sociedad o comunidad política en que los que la practican se encuentran normalmente insertos (tribu, clan, ciudad...); por ello, la única limitación que se impone es lógicamente la de no perjudicar a ningún miembro de esa comunidad o asimilados a tales por alianza política (tratados de hospitalidad, p. ej.) o pacto. La sociedad, pues, reconoce y ampara a aquellos que, a falta de otro medio de vida, optan por el bandidaje como actividad económica⁵. Esto es claramente perceptible entre los lusitanos: cuando en 152 M. Atilio ataca sus ciudades y los atemoriza, concluye con ellos tratados que afectan a todos, a los de las ciudades y a los de la montaña, que son probablemente los directos responsables del choque con Roma; y lo mismo sucede cuando en 150 Lúculo y Galba vuelven a saquear Lusitania: tanto los propietarios que sufren el saqueo romano como aquellos otros que sacan sus recursos del bandidaje pactan de consuno con Roma⁶. Sin duda alguna la escasez o mala distribución de las tierras fértiles pudo desplazar a muchos individuos hacia otras actividades económicas tal vez

¹ Liv., XXI, 35, 2: ... *barbari latrocinii magis quam belli more concursabant*.

² Cf. P. Bosch-Gimpera y p. Aguado Bleye, "La conquista de España por Roma", en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, tomo II, Madrid, 1962, p. 138.

³ Véase Diodoro, V. 34, 6.

⁴ Aristóteles, *Política*, I, 3, par. 1256.

⁵ Estas ideas han persistido durante mucho tiempo. Piénsese que el corso, por ejemplo, no fue abolido en España hasta 1908.

⁶ Apiano, *Iber.*, 58, 59 y 60.

menos seguras u honorables⁷, pero no por ello ha de existir necesariamente un movimiento social revolucionario, como supuso J. Costa⁸. Con todo -citamos a P. Bosch-Gimpera y P. Aguado Bleye⁹- "aunque no pueda admitirse que la clase servil ofrece su ayuda a los cartagineses y romanos contra sus propios señores, quedará en pie el hecho de que una gran parte de los hombres jóvenes de Celtiberia y Lusitania militaron como mercenarios en los ejércitos de Cartago y de Roma porque no tenían mejor medio de vida. Si la agricultura no sirvió de bandera a un movimiento social, que acaso no existió, Roma pudo levantar esa bandera para alistar bajo ella a hombres peligrosos y convertirlos en hombres tranquilos, pacíficos".

El empleo como mercenarios, con contratos temporales y recompensas supletorias ocasionales, había de suponer para estas gentes, que no tenían más posesiones que su fuerza, una esperanza de mejora social más acentuada y rápida que la que se podía derivar del saqueo de tierras vecinas. De hecho sabemos que con mucha frecuencia se podía ver a hispanos - fundamentalmente celtíberos y lusitanos- luchando en los ejércitos de tipo helenístico que los contrataban, sobre todo en los púnicos¹⁰, así como para sus ricos vecinos del valle del Guadalquivir, oponiéndose ora al invasor púnico en 237¹¹ ora al romano en 195¹².

Va a ser precisamente en torno a esta última fecha cuando nuestras fuentes registren de una manera precisa la presencia de lusitanos en Andalucía. Poco antes, en 206, tras la conquista de Levante y de los centros claves de producción de plata, Roma acaba de concluir la conquista del valle del Guadalquivir culminada con el pacto de alianza firmada con Gadir. A partir de ese momento y durante más de veinticinco años la potencia colonizadora va a tener que hacer frente a la resistencia que los pueblos turdetanos y sobre todo de los bastulo-fenicios oponen a la despiadada explotación a que aquella se lanza. Explotación que queda de manifiesto en la gran cantidad de grano y sobre todo metales preciosos que año tras año los gobernadores envían a la metrópoli, y que hacen pensar, en opinión de J.M. Roldán¹³, que, no obstante la ausencia actual de datos, debían continuar las acciones represivas contra los intentos de oposición al nuevo imperialismo. Y así, Gadir, ciudad que se había de beneficiar de su alianza con Roma, sabemos

⁷ A. García y Bellido, "Bandas y guerrillas en las luchas con Roma", *Hispania*, V, nº 21, Madrid, 1945. Recogido en *conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua*, Madrid, 1977, de donde citamos. Para este punto, véanse las pp. 16 y 17.

⁸ *Estudios Ibéricos*, tomo I, Madrid, 1891-1895. "Ganadería ibérica", p. 1 y ss.

⁹ *Op. cit.*, p. 139.

¹⁰ A. García y Bellido, *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942, pp. 150 ss.; *Hispania Graeca*, tomo I, Barcelona, 1948, pp. 229 y ss.; "Otros testimonios más de la presencia de mercenarios españoles en el Mediterráneo", *Simposio Internacional de Colonizaciones*, Barcelona, 1971 (1974), pp. 201-203. J.M^a Blázquez, *La romanización*, tomo I, Madrid, 1974, p. 92 y 193 ss.

¹¹ Diodoro, XXV, 10.

¹² Liv., XXXIV, 17.

¹³ "Las provincias romanas de Hispania hasta las guerras celtíbero-lusitanas", en *Historia de España*, tomo II, Ed. Cátedra, Madrid, 1978, p. 57.

que hubo de enviar en 199 a.C. una embajada a esta ciudad para pedir que se pusiese fin a los abusos¹⁴.

El descontento era generalizado en 197, cuando se produce una sublevación genral dirigida por los reyes Culchas (antiguo aliado de Roma) y Luxinio que arrastran tras de sí a ciudades como *Carmo*, *Malaca*, *Sexi* y una no localizada *Bardo*, amén de otras muchas que nos son desconocidas así como toda la Beturia¹⁵. Dos años más tarde, en 195, la sublevación continuaba aún, y en este caso sabemos que los aliados habían contratado para luchar contra Roma a una gran cantidad de mercenarios celtíberos¹⁶. Al parecer el cónsul Catón logró crear confusión entre los turdetanos y sus mercenarios¹⁷ y obtuvo resultados satisfactorios a corto plazo por vía diplomática¹⁸. Con todo, la paz no se restableció en la región, pues en 194 vemos aparecer por vez primera en nuestras fuentes a los lusitanos devastando el valle del Betis, siendo derrotados por P. Cornelio Escipión Nasica junto a una ciudad denominada *Ilipa*¹⁹. Aunque no tenemos constancia expresa de ello, los acontecimientos posteriores hacen pensar a J.M. Roldán²⁰ - estimamos que con razón- que la presencia de lusitanos en Andalucía tiene la misma causa que la anterior de los celtíberos: su empleo como mercenarios.

La guerra continúa los años siguientes con resultados varios, tanto en el frente oriental andaluz, donde Fulvio Nobilior obtiene algunas victorias en 193 y Emilio Paulo es derrotado en 190²¹, como en el occidental, según parece deducirse del hecho de que en 189 Emilio Paulo, luego de vencer a los lusitanos, actúe contra la ciudad de *Asta* privándola de la *Turris Lascutana*²², en servidumbre hasta ese momento respecto a aquella y que se debía de haber

¹⁴ Liv., XXXII, 2, 5.

¹⁵ Liv., XXXIII, 21, 6. E. Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, París, 1973, p. 106, n. 4, opina que *Bardo* o *Baldo*, de nombre celta, habría de encontrarse entre los *celtici* de la orilla izquierda del Guadalquivir, no lejos de Carmona. También recoge (p. 107, n. 2) la opinión, no demostrable, de Gotzfried (*Annalen*, pp. 45-46) de que el hecho de que las ciudades fenicias tomen las armas en el momento en que Roma tiene en perspectiva una guerra contra Antíoco, podía deberse a una velada incitación de Haníbal.

¹⁶ Liv., XXXIV, 17: *decem milia Celtiberum mercede Turduli conducunt alienisque armis parant bellum*.

¹⁷ Liv., XXXIV, 19.

¹⁸ J.M. Roldán, *Op. cit.*, pp. 63-64.

¹⁹ Sobre la situación de las distintas ciudades de este nombre, R. Corzo, "La segunda guerra púnica en la Bética", *Habis*, 6, p. 237.

²⁰ *Op. cit.*, pp. 68-70.

²¹ Liv., XXXVII, 46, 7. Thouvenot, *Op. cit.*, p. 112 piensa que hay que separar la derrota de *Lycó*, en Bastetania, de las acciones contra los lusitanos, que actuarían en la parte occidental más bien.

²² *CIL* II, 5041.

entregado incondicionalmente a Roma en el transcurso de las hostilidades, pues figura como *stipendiaria* en la lista que nos ofrece Plinio²³.

Si nuestra hipótesis fuese cierta, la caída de la *Turris Lascutana* en manos de Roma habría de suponer un duro golpe para Asta y preanunciaría su caída final.

En efecto, nuestras fuentes nos informan de que C. Atinio, sustituto de Emilio Paulo, continuó en 189 la campaña en tierras de Asta, donde hubo de vencer la resistencia de un cuerpo de tropas lusitanas antes de poder sitiar y tomar la ciudad, acción en cuyo desarrollo perdió la vida en 187. No sabemos qué fue de la ciudad después; sólo sabemos que no se habla de nuevo de ella prácticamente hasta César y que no acuñó moneda.ç

La relación en este caso entre las tropas lusitanas y Asta es evidente. RELación que no creemos que se pueda considerar de alianza, pues aparte de que habría que considerar sólo la alianza con alguna tribu y no con los lusitanos en general como se viene diciendo, Roma no atacaba aún territorio luso, por lo que no vemos el sentido que pueda tener dicha alianza; y como operación de saqueo se explica mal en un campo en el que se estaban llevando a cabo operaciones militares. Hay que pensar por tanto, como apuntaba Roldán, que la presencia de los lusitanos en Andalucía, como antes la de los celtíberos, viene explicada por su contrato como mercenarios por parte de las ricas ciudades del Sur en su lucha contra el imperialismo romano. A pesar de todo estos esfuerzos serán vanos, pues tras la campaña de 180-179, en la que T. Sempronio Graco después de tomar *Munda* avanza por el Genil y sierra Nevada hasta *Certima*, la pacificación por la fuerza de la provincia parece conseguida al fin, y pese a que los abusos continuaron²⁴ la capacidad de resistencia parecía haber quebrado pues no se vuelve a registrar ninguna sublevación.

Tras un silencio prácticamente total para los quince años siguientes al establecimiento en *Carteia* de la primera colonia latina extraitaliana (171), nuestras fuentes vuelven a referirse a las tierras andaluzas para dejarnos cosntancia de nuevo de la presencia de bandas lusitanas en ellas hacia 155. Apiano²⁵ nos dice que un grupo lusitano, dirigido por Púnico, avanzó hacia el Océano (sur), y luego, sin duda el año siguiente, incrementado el grupo con vettones, dirigió sus correrías haci al territorio blastofenicio, o sea hacia la costa sur mediterránea. Muerto Púnico en la costa mediterránea en una acción bélica, es sustituido por César. El pretor del año 153, L. Mummio, que por noticias de diodoro²⁶ sabemos que llegó a su provincia por mar en contra de lo acostumbrado, tuvo que sostener un combate a su llegada del que salió mal parado, perdiendo insignias que habían de servir de propaganda bélica a sus vencedores paseándolas por Celtiberia [¿Ulterior?] al decir de apiano (aunque luego se contradice afirmando que las recuperó al sorprender a la banda en su retirada).

Entretanto, otra banda de lusitanos, dirigida por un tal Cauceno y salida del norte del Tajo, bajaba al Algarbe portugués y luego de tomar a los cuneos, «súbditos de los romanos», la ciudad de Conistorgis, pasaron a Africa y sitiaron una ciudad que apiano denomina *_Οκίλη* y

²³ *N.H.*, III, 15.

²⁴ *Liv.*, XLIII, 2.

²⁵ *Iber.*, 56.

²⁶ XXXI, 42.

que Schulten²⁷ identifica con la Ζηλεις de Estrabón o la Zilis del Itinerario y de Ptolomeo, cuyas ruinas se encuentran, al parecer, un poco al norte de la moderna Arzila²⁸. Aunque no sabemos qué barcos utilizaron para este traslado, de lo que no parece haber duda es de que éste no debió de ser muy dificultoso, dadas las relaciones ya existentes entre los pueblos marinos del Atlántico meridional hispano y la zona pesquera del occidente marroquí²⁹. Lo que ya no resulta tan fácil de entender es por qué se arriesgan a llevar sus correrías al otro lado del mar, y mucho menos por qué extraño deseo de venganza el pretor arriesga las tropas a su cargo en la defensa de un territorio en el que Roma no tiene aún, ni tendrá en mucho tiempo, intereses directos. Ello nos lleva a sospechar que persiguen un objetivo distinto de la simple rapiña -aunque ésta por supuesto nunca se descarte- en sus repetidos intentos de alcanzar la costa y pasar a África.

Debemos recordar que en esos momentos en África la tensión es grande entre Masinisa, rey númida apoyado por Roma, y Cartago, que sufre sus usurpaciones desde 193 de una manera progresiva: en esta época la ciudad fenicia acababa de perder la región de los *Emporia* en las Syrtis, y *Tusca*, hacia los *Campi Magni* (155 aprox.), sin que el tratado suscrito con Roma en 201 le permitiese defenderse por sí misma ni esta ciudad prestase oído a sus reclamaciones. El resultado fue que Cartago, faltando al tratado mencionado, se dispuso para la guerra: los enviados de Roma en 153 detectaron en los arsenales unos stocks que le resultaron altamente sospechosos, y en 150 Cartago disponía ya de un ejército de 50.000 hombres que opuso a Masinisa, aunque sin éxito. Nada tendría de extraño que se hubiese recurrido al bien conocido mercenario lusitano³⁰ y que se le hiciese venir a través del territorio moro (algunas de cuyas tribus ayudarían a Cartago en 147), lo que supondría atacar a Masinisa por la espalda.

Reconocemos que la hipótesis es arriesgada, pero no se nos ocurre otra explicación más lógica para esta nueva «vocación marinera» de los lusitanos que dura sólo desde 155 (aproximadamente) hasta 147, tomando un nuevo rumbo a partir de entonces bajo el caudillaje de Viriato. Pero continuemos el relato de los hechos.

En 152, el pretor M. Atilio Serrano, apoyado por el también pretor Claudio Marcelo³¹, se decide a atacar las raíces del mal y efectúa una incursión en territorio lusitano, saquea una ciudad importante, a la que Apiano³² da el enigmático nombre de *Oxtracas*, «y habiendo atemorizado a

²⁷ Viriato, versión española de L. Pericot, en *boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo*, 1920, pp. 126-149 y 272-281.

²⁸ Euzenat, "Les voies romaines du Maroc dans l'itinéraire d'Antonin", en *Hommages à Albert Grenier, Latomus*, LVIII, Bruselas, 1962, tomo II, p. 601.

²⁹ A. García y Bellido, "La navegación ibérica en la antigüedad, según los textos clásicos y la arqueología", *Estudios Geográficos*, XVI, 1944, pp. 550-560.

³⁰ La ausencia de Cartago de la Península no suponía un obstáculo infranqueable para los concriptores púnicos, que aparecían cargados de oro y plata para las primeras pagas. Recuérdese cómo en 203, o sea tres años después de la expulsión cartaginesa de Hispania, fueron capturados por los saguntinos unos cartagineses que se dedicaban a la captación de mercenarios provistos de 250 libras de oro y 80 de plata. Liv., XXX, 21, 3.

³¹ Pol., XXXV, 2.

³² *Iber.*, 58.

todos los vecinos los asoció mediante tratados. Y de éstos algunos eran de la etnia de los vettones, limítrofes de los lusitanos». Se trata sin duda de una simple demostración de fuerza de Atilio para demostrar a los lusitanos lo arriesgado de su actuación. Estos, que no parecen esperar esta expedición de castigo a juzgar por la rapidez con que pactan para alejar al enemigo de sus ciudades y campos, parece evidente que no desean mantener ningún tipo de guerra nacional con Roma; como tampoco lo puede tener Roma en un momento en que graves acontecimientos amenazan tanto en Occidente (Cartago) como en Oriente (Andrisco).

Pese a ello, una vez retirados Atilio y Marcelo, la necesidad económica, aumentada por las devastaciones romanas que harían más difícil la situación de estos pueblos de elevada demografía³³, va a empujar a los lusitanos a romper los pactos. En 151 vemos de nuevo bandas de este pueblo bajar por el valle del Guadalquivir y derrotar al pretor S. Sulpicio Galba. Este se refugia en Carmona donde rehace sus fuerzas y, luego de reunir unos 20.000 aliados, marcha al territorio de los cuneos paara invernafr en *conistogis*, o sea en el punto que forzaron los lusitanos antes de su paso a África en 153. Entre tanto, el pretor de la Citerior, L. Licinio Lúculo, se sigue enfrentando con otrs bandas de lusitanos que siguen intentando el descenso por el valle del Betis, «y en las cercanías de Gadir -citamos a Apiano³⁴ - dio muerte a unos 1.500 de otros que cruzaban el Estrecho, y a los restantes, fugitivos, los rodeó con una fosa en una colina y cogió una multitud inmensa de hombres». De nuevo, pues, se pone de manifiesto el deseo de estas bandas lusitanas de pasar a África.

Hay que hacer notar que en este momento debía encontrarse en África P. Cornelio Escipión Emiliano, tribuno de Lúculo, enviado a Numidia para pedir elefantes a Masinissa³⁵ y que algunos autores³⁶ colocan en este momento el viaje de reconocimiento a la costa marroquí en el que participaron Polibio y Panecio y que sólo conocemos a través de una referencia de Plinio³⁷. Aunque sólo estamos informados de los logros cinetíficos del viaje, no es difícil conjeturar que algo más que la simple curiosidad podía impulsar este tipo de navegaciones.

Ante la reiteración de las incursiones lusitanas, Lúculo y Galba decidieron llevar a cabo una nueva incursión de saqueo en tierras lusitanas en 150³⁸, conocedores ya del saludable efecto inmediato que estas acciones surtían en el ánimo de un pueblo que, en situaciones normales, tenía que exportar buena parte de su juventud para solucionar sus problemas económicos. Y el efecto esperado se produjo: los pueblos lusitanos, reconociendo que con las incursiones de sus bandas a través de Andalucía se habían incumplido los pactos cerrados con Atilio dos años antes y

³³ A. García y Bellido, "Bandas y guerrillas...", pp. 24-26.

³⁴ *Iber.*, 59.

³⁵ Apiano, *Lib.*, 71.

³⁶ F. W. Walbank y M. Gelzer, en *Gnom.*, XXIX, 1957, p. 401. Pero las opiniones nos son unánimes: A. Piganiol cree que el viaje se debió realizar a raíz de la expedición mora de apoyo a Cartago (*La conquête romaine*, París, 1967 p.). P. Pédech, por su parte ("Un texte discuté de Pline: le voyage de Polybe en Afrique", *Rev. des Études Latines*, XXXIII, 1955, pp. 318-332) lo sitúa tras la caída de Cartago en 146.

³⁷ *N.H.*, V, 1, 8-9.

³⁸ *Ap.*, *Iber.*, 59-60.

justificándose sin duda con que la pobreza de la tierra les impulsaba a ello, se avinieron a pactar de nuevo. Este reconocimiento de culpabilidad es interesante porque viene a demostrar que los pactos firmados afectan a todos, sin distinción de clase social o profesión, pues podemos observar cómo toda la comunidad se siente responsable de lo realizado por sus bandas en tierras controladas por Roma y que eran por tanto inviolables según los tratados.

Por su parte, el pretor de la Ulterior, Galba, que en modo alguno podía fiarse del cumplimiento de los nuevos pactos³⁹, dados los precedentes conocidos, ve sin embargo en ellos una buena ocasión para impedir que se vuelvan a repetir las acciones anteriores. Para ello les ofrece llevar a cabo lo que posiblemente habría sido un remedio: establecer a los excedentes de población en nuevas tierras. Debemos llamar la atención sobre que lo que Galba ofrece no es repartir de nuevo la tierra que ya poseían, sino entregarles nuevas tierras, sin duda en zona de ocupación romana anterior⁴⁰, disponiendo colonias donde establecer a los excedentes de población lusitana, en especial a los jóvenes⁴¹. Pero Galba, luego de haber atraído a un gran número de ellos con este señuelo, consideró más seguro el método empleado poco antes por Lúculo en *Cauca*, o sea el aniquilamiento mediante traición.

Perdida por Roma esta oportunidad de pacificación real eliminando las causas de la inquietud lusitana, en 147 vemos aparecer nuevas bandas de este pueblo en Turdetania. El pretor C. Vetilio logra cercarlos en un lugar del que sólo sabemos que tenía olivos y en la desesperanza de escapar le proponen los lusitanos pactar de nuevo en condiciones similares a las ofrecidas por Galba. Puesto que no parecía haber escapatoria⁴² esto significaba cambiar una muerte segura por una remota posibilidad de escapar con vida. Pero uno de entre ellos, Viriato, los disuade y encuentra el medio de organizar la huida hacia la serranía de Ronda⁴³ donde posteriormente tiende una emboscada al pretor que le persigue cerca de una ciudad, llamada *Tribola*, que Bosch Gimpera y Aguado Bleye⁴⁴ estiman que no debía estar lejos de *Carteia*. Hacia esta última ciudad costera, que Apiano denomina *Karpessos*, se van a encaminar las maltrechas tropas romanas dirigidas por el pretor del desaparecido Vetilio. Y pensamos que no por casualidad los romanos se hicieron fuertes en esta base naval, en tanto que una banda de belos y titios, aliados de Roma, hostigaban con mala fortuna a los lusitanos de Viriato.

A partir de este momento -comienzos de 146- los enfrentamientos entre romanos y lusitanos toman una nueva dimensión, produciéndose una generalización del conflicto, que se ha

³⁹ Liv., *Per.*, 49.

⁴⁰ Esto queda bien patente en el texto de Apiano, *Iber.*, 60: "Los unos (se refiere a los lusitanos), pareciéndoles completamente bien estas cosas, se pusieron en marcha desde las [tierras] propias y se concentraron en las que Galba les asignó; el otro [Galba] los dividió en tres grupos, y señalando una llanura a cada uno de los grupos les ordenó aguardar en la llanura hasta que acudiendo más tarde les fundase la colonia".

⁴¹ Val. Max., IX, 6, 2: *VIII milia in quibus flos iuventutis consistebat.*

⁴² Ap., *Iber.*, 61.

⁴³ A. Schulten, *Viriato*, p. 138.

⁴⁴ *Historia de España*, tomo II, p. 124.

dado en llamar «guerras lusitanas»⁴⁵, que van a cobrar, a partir de 143, una dimensión peninsular. Desde el año de la caída de Cartago nunca más veremos a los lusitanos intentando ganar las costas. Y Viriato se nos va a mostrar como algo más que un jefe de bandidos o mercenarios de aspiraciones limitadas. Su figura se engrandece y alcanza las dimensiones de un caudillo popular⁴⁶, de un príncipe que busca los límites de su poder en la lucha nacional y tal vez racial con un enemigo formidable cuyo reconocimiento estuvo a punto de conseguir en el año 140⁴⁷.

⁴⁵ A. García Bellido, "Bandas y guerrillas....", p. 31.

⁴⁶ P. Bosch-Gimpera y P. Aguado Bleye, *Historia de España*, tomo II, p. 122: "Viriato vino a ser caudillo de los lusitanos cuando ya parecía que no les quedaba frente a Roma otro recurso que la sumisión o el exterminio".

⁴⁷ Ap., *Iber.*, 69.